

Experiencias, desencuentros y aprendizajes durante la pandemia por COVID-19

Juan Antonio Hernández González



La perseverancia es el resultado de incontables esfuerzos pequeños de mucho valor.

Fuente: Foto cortesía de Juan Antonio Hernández González.

Hernández González, J. A. (2021). Experiencias, desencuentros y aprendizajes durante la pandemia por COVID-19. En J. A. Trujillo Holguín, A. C. Ríos Castillo y J. L. García Leos (coords.), *Desarrollo profesional docente: reflexiones y experiencias de trabajo durante la pandemia* (pp. 41-55), Chihuahua, México: Escuela Normal Superior Profr. José E. Medrano R.

Resumen

Entender un suceso tan complejo y multidimensional como la adaptación profesional ante una pandemia, cuyas medidas de prevención obligan al confinamiento y al distanciamiento social, exige encontrar sentido en las alternativas y mecanismos provistos por las autoridades educativas para la continuidad del servicio educativo, en aspectos como su efectividad, impacto, viabilidad y cobertura, así como en la consideración hacia sus destinatarios. Para ello es menester entender la profesión docente como un ente en constante evolución y adaptabilidad profesional, pero con un gran sentido humano, para avizorar el panorama de una nueva normalidad desde una perspectiva de apertura al aprendizaje, al desarrollo de competencias docentes y tecnológicas que funjan como un vínculo efectivo para la creación de escenarios de aprendizaje que atiendan las necesidades e intereses de los alumnos. Asimismo es de suma relevancia comprender los fenómenos sociales que rodean al proceso educativo, mismos que pudieran obstaculizarlo o hacer que en un momento dado se le considere un fracaso. Para este efecto es pertinente valorar los procesos de colaboración articulada del sector educativo, así como las interacciones entre los actores involucrados en este proceso: autoridades escolares, directivos, maestros, alumnos y padres de familia, con el propósito de vislumbrar posibles repercusiones a corto, mediano y largo plazo en cada uno de los actores.

Palabras clave: EDUCACIÓN A DISTANCIA, TIC, COMPETENCIAS DOCENTES, DESIGUALDAD SOCIAL, IMPACTO EDUCATIVO.

Introducción

En la actualidad, el mundo ha sufrido transformaciones radicales en sus modos de participación e interacción, a partir del inicio de la contingencia sanitaria originada por la propagación de la COVID-19. El sector educativo no ha sido la excepción, por lo tanto, se han tenido que asumir importantes retos desde diferentes áreas. Una de las dificultades más importantes a las que se enfrentó el magisterio fue quedar en medio de las autoridades educativas y las familias de los alumnos, ya que desde el inicio de las clases a distancia las exigencias administrativas y burocráticas no solo no cesaron, sino que aumentó la carga administrativa para docentes y directivos.

El confinamiento agravó la situación del papel del maestro como vínculo entre las autoridades y la sociedad, debido a que prácticamente se tiene que realizar el mismo trabajo, pero con el obstáculo del distanciamiento social, lo que origina que los maestros frente a grupo queden atrapados en medio de la presión de la autoridad educativa que pretende mantener una imagen de trabajo y al mismo tiempo asegurar que los salarios del magisterio sean un gasto que se justifica y se aprovecha al máximo; por otro lado, continúa la necesidad de ofrecer educación de calidad para los alumnos, con la influencia, pero sin un claro y constante apoyo de los padres de familia.

A diferencia de lo que la población en general piensa, este cambio en la dinámica de interacción representa una mayor carga laboral, emocional, psicológica y anímica en los docentes. Contrario a lo que pueda imaginar

quien esté ajeno al servicio educativo, las y los maestros se enfrentan a dificultades que antes no habían sido previstas y para las que la profesión no prepara; también se pone a prueba su capacidad creativa, para la innovación, el tacto pedagógico y la trasposición didáctica, con el factor de la distancia como principal obstaculizador.

Ante un desafío de semejantes dimensiones, vale la pena reflexionar en torno a los esfuerzos dedicados para superar los obstáculos, revisar las medidas implementadas para el desarrollo profesional y su verdadera aplicación en los contextos escolares; analizar el papel del docente y sus vicisitudes durante esta nueva e incierta realidad, así como las posibles repercusiones a corto y largo plazo que puede tener este nuevo escenario, para aprender tanto de los aciertos como de lo que no fue del todo un éxito.

La estrategia nacional

Para dar alternativas de continuidad al servicio educativo durante la pandemia, el Gobierno Federal recurrió a la implementación de la plataforma *Google for Education*, con el paquete de aplicaciones incluidos en *G Suite*, entre ellas *Google Classroom*, para la impartición de clases mediante la publicación de actividades a distancia. Estos recursos tecnológicos se instrumentaron mediante la dotación de cuentas gratuitas para docentes y alumnos, lo cual en teoría representa una medida aceptable para establecer una interfaz adecuada de comunicación y aprendizaje; sin embargo, hay condiciones necesarias de considerar para validar la eficacia de este servicio.

En primer lugar, es importante resaltar que en México, para el año 2019, el acceso a internet mediante conexión móvil o fija estaba disponible en 20.1 millones de hogares, lo cual representa el 56.4% del total en el país (INEGI, 2020), por lo tanto es posible aseverar que, aunque la plataforma prevista fuera utilizada por la población antes señalada, quedaría un importante sector de la población en edad escolar que no haría uso de ella en condiciones regulares. Otro aspecto estadístico que deja fuera a más alumnos es que, del grupo de edad entre 12 y 17 años, el 87.8% de ellos son usuarios de internet (INEGI, 2020), esto refleja que una porción de ellos está siendo excluida de la atención ofertada por medio de la plataforma. De esta manera se puede percibir cómo lo que se antoja como una importante erogación de recursos económicos no se está aprovechando para el fin que fue proyectada.

En segundo lugar es necesario mencionar que de forma paralela a la implementación del ambiente virtual para la publicación de actividades, seguimiento y organización de aulas y planteles con el uso de internet, se programaron además, con el apoyo de especialistas, videoconferencias en la modalidad *webinar*, con el propósito de capacitar a distancia y de modo masivo a la estructura educativa –compuesta principalmente por docentes, directivos y supervisores– en el manejo eficaz y eficiente de las herramientas tecnológicas provistas para la atención a los estudiantes durante el confinamiento.

Desafortunadamente, estas capacitaciones llegaban a destiempo, estaban en algunos casos descontextualizadas o resultaban repetitivas; aun así, es de reconocer que apoyaron a los docentes fungiendo como un vínculo entre las aplicaciones presentadas –que antes eran completamente desconocidas– y su uso encaminado a las actividades de enseñanza.

Esta situación, de acuerdo con Guaman-Chávez (2020), trajo consigo importantes desafíos para el sector magisterial: por un lado, se pone a prueba su capacidad de adaptación de los métodos de enseñanza en el trabajo a distancia y, por otro, la adquisición de competencias digitales para generar interacciones académicamente productivas con el alumnado, sin descuidar aspectos éticos y de pensamiento crítico. Ante esto, resulta muy relevante entender que, en el caso de profesores que no estaban acostumbrados a hacer uso de dispositivos y herramientas tecnológicas para su labor, la puesta a prueba ha sido de un mayor grado de dificultad, esto sin contar aspectos familiares o relativos a cuestiones personales y domésticas que cada profesional de la educación ha tenido que enfrentar de manera particular y que aumentan la carga emocional, psicológica y de estrés laboral.

En general se puede decir que este esfuerzo a nivel nacional no fue del todo productivo para el efecto esperado, ya que la realidad de las familias mexicanas no embona con el modelo tecnológico propuesto, por sus requerimientos más básicos como el uso de dispositivos electrónicos como teléfonos celulares, tabletas y computadoras portátiles y de escritorio; al no contar con conectividad a internet permanente o mediante planes de pre-pago que, aunque están disponibles desde un bajo costo, representan para muchas familias una importante fracción del gasto destinado para aspectos más importantes como la alimentación, el transporte al trabajo e incluso tratamientos médicos; además de que no se dispone del tiempo (por cuestiones laborales) ni con el conocimiento mínimo necesario (según lo señalan los mismos padres de familia) para establecer contacto por estos medios digitales o para atener las publicaciones de la plataforma *Google Classroom* relacionadas con investigaciones, manejo y conversión de archivos, así como la carga o envío de los mismos.

De igual manera ocurrió con los programas *Aprende en casa I y II*, que constituyeron un apoyo para la organización de los contenidos y su tratamiento a distancia, diseñado, adecuado y directamente proporcionado para los alumnos mediante señal televisiva digital, a la vez que fueron de utilidad para la dosificación de los temas y actividades por parte de los maestros, pero que no necesariamente suplieron la acción de los docentes, sino que se consideran como importantes recursos auxiliares de la labor del maestro. A pesar de que la presencia de un televisor en los hogares del país es prácticamente generalizada, hay importantes precisiones estadísticas que hacer al respecto. La Encuesta Nacional sobre Disponibilidad y Uso de Tecnologías de la Información en los Hogares (ENDUTIH) reporta los

siguientes valores para el año 2019: el 92.5% de los hogares del país tiene una televisión, de ellos, el 76.5% cuenta con un televisor digital y, por último, el 96% de los hogares tiene acceso a la señal de televisión digital, por diversos medios (INEGI, 2020). Con esta información se refuerza el argumento de que ninguna alternativa ofrecida garantiza una cobertura absoluta del servicio educativo; no obstante, se puede percibir un importante nivel de atención y es de reconocer que todas ellas resultan de gran utilidad para los docentes, quienes buscando llegar a cada uno de los alumnos, dentro de las distintas situaciones adversas que les rodean, se valen de cada oportunidad existente para ofrecer atención muchas veces individualizada, con la firme convicción de que nadie se quede fuera y que ningún niño se quede atrás en el logro de aprendizajes.

En este contexto, en el que las ventajas tecnológicas en sus diferentes modalidades están provistas, aún hay que hacer adecuaciones que no tienen que ver con la disposición de las maestras y maestros ni con su falta de capacidad o apertura para el trabajo de esta forma. De hecho, para lograr tener una mejor comunicación y actuación docente se ha echado mano de diferentes alternativas para brindar una atención diferenciada en beneficio de los alumnos que, por sus situaciones económicas y familiares, necesitan de la creación de condiciones especiales y un mayor esfuerzo por parte de la escuela para garantizar que reciban educación a pesar de los factores desfavorables como la falta de dispositivos, carencia de internet, pocos o nulos recursos económicos para comprar saldo y paquetes de datos, sin alguien en casa que apoye en las actividades de enseñanza-aprendizaje por cuestiones de los tiempos de trabajo de los padres de familia o hermanos mayores.

Las medidas que se han adoptado en las escuelas públicas, por los motivos antes expuestos, incluyen el manejo de la tecnología para videoconferencias, presencia en *webinars*, intercambio de archivos multimedia por *WhatsApp*, selección de material en línea como imprimibles, imágenes, videos de *YouTube*, edición de textos, elaboración de diapositivas y tablas, así como uso generalizado del teléfono celular y la computadora. Por las carencias de conectividad de las familias, así como la falta de tiempo de los padres de familia –quienes aún en medio de la pandemia tienen que trabajar–, muchas instituciones educativas se han inclinado por la impresión y entrega de cuadernillos con las actividades de enseñanza y aprendizaje, organizadas de manera semanal o quincenal, con el apoyo, seguimiento, revisión, reorientación y retroalimentación por medio de llamadas y mensajes de texto.

En el caso particular de México, el trabajo a distancia en medio de la pandemia no está relacionado del todo con el uso privativo de la tecnología que, aunque no se realiza por completo, es una útil alternativa para dar paso a lo verdaderamente importante: la vocación, preparación y buena disposición del cuerpo docente para cumplir con su misión a pesar de las adversidades, las condiciones sociales, culturales y económicas de las familias.

El vínculo tecnológico y la respuesta del docente

El confinamiento y distanciamiento social que, por cuestiones sanitarias, obliga a tener las instituciones educativas cerradas, pero en operación remota, ha orillado a los docentes a echar mano de todas las herramientas disponibles para seguir cumpliendo con su misión de educar. En este escenario, la respuesta a esa necesidad de vinculación ha sido la tecnología en sus diversas expresiones, como dispositivos móviles y fijos, así como los programas o aplicaciones que se emplean para establecer comunicación y cumplir con diversos propósitos. Sin embargo, a pesar de que el uso de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) es prácticamente generalizado entre la población, incluso entre gente de la tercera edad (aunque a un nivel muy elemental), también es verdad que no todas las personas cuentan con un dominio aceptable de estos instrumentos tecnológicos, lo cual incluye a quienes se desempeñan en la docencia. Por lo tanto, resulta conveniente tratar el tema para entender la forma en que los procesos de enseñanza y aprendizaje pueden llegar a tener lugar desde la perspectiva del manejo más o menos eficaz de las TIC.

Es importante comprender que, previo al conocimiento y dominio de herramientas tecnológicas, el maestro educa desde una constitución personal y profesional idiosincrática que le posibilita para crear situaciones, intervenir en ellas e incidir en el desarrollo de sus estudiantes, pero siempre partiendo de sus capacidades y posibilidades. De tal suerte que, ante una situación extrema que impide las interacciones como tradicionalmente las conocemos, se tendrá que recurrir, invariablemente, a algún tipo de TIC, en primera instancia para establecer comunicación y posteriormente para generar interacciones educativas.

Las TIC posibilitan poner en práctica estrategias comunicativas y educativas para establecer nuevas formas de enseñar y aprender, mediante el empleo de concepciones avanzadas de gestión, en un mundo cada vez más exigente y competitivo, donde no hay cabida para la improvisación (Díaz, Pérez y Florido, citados en PUJC, 2016, p. 8).

A partir de esta premisa se pueden desprender diversos razonamientos que obligan a pensar en qué tan capaces somos los profesores de utilizar estos recursos como aliados en la conducción de procesos de enseñanza y aprendizaje. Una respuesta sencilla se puede localizar al detectar la frecuencia y tipo de uso que se les da de manera regular. Es decir, de acuerdo con Coll (citado en PUJC, 2016), el nivel de eficacia para generar cambios en la enseñanza y el aprendizaje se dará en función de la contextualización y propósitos que se busquen mediante el uso de las TIC, de manera que el potencial éxito o fracaso de los maestros en el uso de la tecnología como apoyo para su labor se verá directamente afectado por su conocimiento en este campo y las tareas que se propongan realizar en este tenor. En otras palabras, las TIC no

actúan por sí solas ni representan una clave que por sí misma va a mejorar las prácticas educativas, sino que dependen completamente de las competencias del docente en este rubro para su implementación eficaz.

Gracias a este razonamiento se alcanza a entender por qué a pesar de ser tan buena alternativa el uso de la tecnología en la actualidad y de estar tan generalizado su uso (superficialmente), aún hay rezagos y limitaciones importantes en esta rama. La respuesta reside en el hecho de que muy probablemente conocemos efímeramente las TIC y ello en ocasiones no es suficiente para incorporar su uso de manera profesional. Esta situación pudiera resolverse de raíz, desde una corrección en los modelos de formación de los profesores porque, siendo sinceros, los maestros reconocemos que nuestro incipiente manejo de la tecnología se ha propiciado de manera empírica y como producto de una educación informal o mediante la autodidáctica en la mayoría de los casos.

Otro aspecto fundamental en la disparidad del dominio tecnológico que se evidencia en el profesorado radica en el hecho de que quienes cuentan con más experiencia en el conocimiento, uso e incorporación didáctica de recursos tecnológicos físicos o virtuales se lo deben a una preparación ex-profeso motivada por sus propios intereses, y en muy pocas ocasiones por ofrecimiento de la autoridad educativa. Es por ello que dentro de un mismo colectivo es posible encontrar marcadas diferencias en la forma de atención de un grupo a otro, más aún en tiempos de pandemia cuando notamos que algunos maestros optan simplemente por la preparación y entrega de materiales impresos e instrucciones enviadas por medio de fotografías de algún manuscrito de propia autoría, en comparación con otros que ofrecen atención diferenciada de acuerdo con niveles de desempeño, oportunidades de conectividad y acceso a medios electrónicos con incorporación de aulas virtuales y plataformas lúdicas personalizadas dentro de un mismo salón de clases, como modelo natural de enseñanza adecuada a las muy variadas situaciones de los alumnos.

Esta desigualdad entre maestros de ciertos grupos de edad exhibe el conocimiento superficial que se tiene de las TIC, por lo tanto, los modelos de formación, hasta ahora ausentes en este sentido, deberían considerar aspectos relacionados con la superación de esta característica del conocimiento frágil en este tema. Dichos modelos deben estar centrados en el desarrollo de competencias tecnológicas desde una dimensión pedagógica, didáctica, reflexiva y crítica en torno al papel que las tecnologías juegan en la construcción de conocimiento y desarrollo social (PUJC, 2016, p. 9). De esta manera sería posible trascender el uso cotidiano de los dispositivos de comunicación hacia aplicaciones personales y profesionales de más provecho, de forma que se obtuviera el mayor beneficio posible mediante el manejo de información y creación de interacciones favorables para el desarrollo académico de los alumnos y profesional de los educadores.

Sin embargo, ante la situación de contingencia sanitaria imperante, de poco puede servir el reconocimiento de factores tan remotos como los procesos de formación como alternativa remedial. En este momento histórico es preciso hacer un recuento de los recursos con los que contamos y con base en ellos trazar una posible ruta de acción que considere el contexto de desempeño profesional y las condiciones de los destinatarios directos del servicio educativo; asimismo es necesario detectar las herramientas teóricas y metodológicas que podemos poner en acción, así como el dominio que tenemos de las mismas.

Como se ha comentado anteriormente, el manejo eficiente de las TIC es una respuesta razonable ante las interrogantes que se suscitan en torno a las medidas necesarias de adoptar para mantener con vida el espíritu de la escuela. La importancia de las TIC en el escenario mundial reside en que, según Martí y Coll (citados en PUJC, 2016), permiten trascender las barreras espaciales y temporales de acceso a la información, la formación y la educación y, por otro lado, favorecen el procesamiento que el usuario hace de esa información. De ahí que en estos tiempos, cuando se debe evitar al máximo el contacto físico, resulte una de las mejores alternativas migrar de las interacciones presenciales a los ambientes virtuales y sustituir los vehículos físicos de información por aplicaciones y archivos en repositorios digitales. No obstante, esta transición requiere de ciertas consideraciones auxiliares en la determinación de la efectividad de quien pretenda emprender este cambio de modalidad.

En primer lugar, como ya se ha mencionado, los usos de las herramientas tecnológicas y su impacto en la educación dependen en gran medida del conocimiento y aprovechamiento de dichas características (Caicedo, Montes, Ochoa; Montes y Ochoa, citados en PUJC, 2016), de tal manera que, desde esta perspectiva, el éxito o fracaso dependerá casi por completo del nivel de conocimiento y dominio que el docente manifieste en el uso de las TIC. En segundo lugar, este razonamiento conduce a pensar en dos importantes conceptos vinculatorios de la práctica educativa con el uso de la tecnología: por un lado, el uso reflexivo de esta en el ámbito profesional y, por otra parte, que este concepto se encuentra íntimamente ligado al nivel de apropiación de las TIC, que permiten al profesor comunicar información y crear experiencias de aprendizaje en sus diferentes expresiones, en relación con objetivos educativos previamente establecidos (PUJC, 2016). La conjugación de estos conceptos habla del conocimiento y la preparación como ingredientes insustituibles para la inclusión de la tecnología en la práctica docente.

En tercer lugar, cobra especial relevancia un componente medular para el uso reflexivo de las TIC en el ámbito educativo: la intencionalidad en el uso de estos recursos representa un importante paso hacia la evolución de la acción docente a fin de generar, efectivamente, situaciones de aprendizaje (PUJC, 2016). Una vez que han sido abordados estos preceptos tan necesarios

de llevar a la práctica, es posible expresar que se cuenta propiamente con los criterios de una competencia docente en el uso de las TIC; sin olvidar la importancia en la concatenación de estos, para que se soporten entre sí y produzcan experiencias de aprendizaje significativo, tanto en educandos como en educadores, teniendo en cuenta que el maestro nunca deja de aprender.

A pesar de ello, es menester reconocer también que el éxito del proceso de enseñanza y aprendizaje no depende únicamente del maestro como un elemento de la ecuación, sino que surgen a la vez las interrogantes en torno al aporte de los destinatarios, los estudiantes. Es entonces que conviene traer a colación un componente de vinculación entre estas dos partes, de tal suerte que se pueda verificar que la preparación de los docentes será factible de yuxtaponer a las necesidades de aprendizaje de los alumnos, justo en tiempos en que la comunicación se ve limitada por distintos motivos que no pueden atribuirse a unos u otros. La correspondencia tecnológica (o la falta de esta) es un aspecto de gran importancia que se tiene que considerar como auxiliar en la determinación de la efectividad de un docente en su labor, puesto que se recurre al uso de las TIC como el camino a transitar para la generación de aprendizajes, pero desde una perspectiva completamente utilitaria y no educativa. Es decir, en atención a las condiciones originadas por la pandemia, es muy limitada la posibilidad de enseñar a alumnos y padres de familia a usar la tecnología de manera que atienda a los intereses de la escuela, ergo, se toma como punto de partida el dominio con el que estos actores del proceso educativo cuentan al momento de las interacciones, y al no existir esta correspondencia la preparación del profesor puede quedar incluso completamente fuera de lugar.

Este fenómeno se presenta de manera generalizada en la mayor parte de las escuelas de la ciudad, el estado y el país, debido a diversos factores entre los que se pueden citar el económico, como la falta de recursos para acceder a dispositivos con conectividad o contar con ellos pero sin poder sufragar el acceso a internet fijo o datos móviles; se puede atribuir también a la falta de preparación de los padres de familia, quienes son los encargados de allegar los equipos de comunicación a los alumnos y, por temor a alguna descompostura o simplemente falta de confianza y habilidad mínima para su uso, prefieren optar por otros métodos de enseñanza, e incluso es pertinente mencionar al factor tiempo influido por el trabajo de las familias, quienes se desempeñan en actividades económicas que les imposibilitan para compartir sus dispositivos con sus hijos y, al sentirse presionados, se autoexcluyen de las prácticas educativas.

Este cúmulo de matices que enmarcan las interacciones educativas muchas veces hacen que las competencias tecnológicas del magisterio queden inoperantes ante realidades crudas y escenarios familiares complejos en donde viven los aprendices; no obstante, precisamente en eso radica el valor de ser maestro, en contar con todo el conocimiento, las habilidades,

las herramientas y la actitud de servicio para atender, en la medida de las posibilidades, a quienes todavía contestan un mensaje de texto; a las madres de familia solteras que llegan tarde por la noche del trabajo y aún tienen disposición para hacer una videollamada en la que la maestra pueda tomar el dictado de su hijo; a la hermana mayor que dejó de estudiar, que ahora trabaja y que compra recargas mínimas de saldo para que su pequeño hermano pueda ver desde su teléfono celular las tareas que solicita el profesor y que posteriormente pueda mandarlas; al padre de familia jornalero que camina kilómetros hasta la escuela para recoger un cuadernillo impreso con las actividades de la semana.

Mientras existan madres y padres de familia que, a pesar de las adversidades, continúen preocupados y ocupados en que sus hijos aprendan, por los medios que sean, toda la preparación, la investigación y el aprendizaje del maestro va a cobrar valor e importancia. En estos casos tan difíciles en que, con grupos de 30 alumnos se tiene que segmentar y adecuar aún más el tipo de atención, los docentes no pueden permitirse seguir ignorando los avances en la tecnología, ni dejar de intentar nuevos métodos para presentar y compartir información, ni renunciar a innovar en la creación de proyectos encaminados a la creación de nuevos escenarios de aprendizaje.

Un aspecto medular del conocimiento es que permite e incita a la reflexión, a la introspección y al constante replanteamiento de lo que se hace y la forma en que se realiza. En el campo de la tecnología como recurso educativo debe haber cabida para la metacognición y el autoanálisis, la autoevaluación y la apertura. Esto debido a que aquello que se puede percibir como la cristalización de un modelo docente competente en el uso de las TIC, probablemente no lo es del todo, más que en el nivel más elemental de apropiación, lo que significa que las actividades de enseñanza están limitadas a la transmisión de información que no aporta a la formación de los estudiantes.

Este tipo de desencuentros no son en su totalidad desfavorables, puesto que abren la puerta de la búsqueda de conocimientos ausentes, ponen en marcha habilidades empolvadas y obsoletas que son necesarias de hacer evolucionar mediante procesos de autoformación. Una constante es la urgencia de la práctica y la curiosidad, la pérdida del miedo y el valor de enfrentar nuevas situaciones con los alumnos en las que esté permitido decir “no sé”, “necesito ayuda”, “¿de qué manera haces esto?”, “quiero aprender a...”.

A pesar de que los maestros en general estamos en contacto con dispositivos de información y comunicación que nos permiten evidenciar cierto nivel de apropiación, actualmente no hemos tenido la oportunidad de demostrar nuestro potencial, nuestras competencias en TIC, a causa de la falta de correspondencia tecnológica por parte de nuestros interlocutores en la distancia; empero, es imperativo buscar y generar alternativas de acceso a la tecnología que posibiliten nuevos escenarios de aprendizaje a pesar de las carencias, a pesar de la desigualdad social, a pesar de tantos obstáculos. Es

parte de las competencias procurar los medios para establecer interacciones apoyados de los medios digitales que permitan desarrollar no solo habilidades sino también un juicio crítico y responsable frente al uso de la tecnología, ya que si no propiciamos que los alumnos hagan lo que no pueden hacer, nunca serán capaces de hacer lo que efectivamente tienen el potencial de lograr.

Repercusiones

Desafortunadamente, con la propagación de la COVID-19 muchas prácticas cotidianas sufrieron importantes transformaciones, y aunque el mundo ha intentado adaptarse a esta nueva realidad mediante la modificación y creación de mecanismos de interacción que garanticen el cuidado de la salud, el confinamiento y la distancia social han traído consigo situaciones desfavorables que afectan el bienestar de las personas de forma paralela a como lo hace la enfermedad. El cierre de negocios, la pérdida de empleos y las clases a distancia son claros ejemplos de inconvenientes originados por las medidas emprendidas por los gobiernos para prevenir la transmisión del virus y el eventual aumento en los índices de mortandad a causa de una casi inevitable saturación y colapso de los servicios de salud pública. Aunado a esto, dichas problemáticas aumentan el riesgo de otros problemas de índole social.

De acuerdo con la UNESCO (2020), en el sector educativo el cierre de las escuelas recrudeció las condiciones de los alumnos y sus familias que ya vivían en condiciones de marginación social, además de ampliar la brecha de desigualdad dentro de los sistemas educativos. Este fenómeno desencadenó una serie de presiones y problemáticas en varios sentidos, entre los cuales el ámbito educativo no fue la excepción. Un caso particular que se puede mencionar a este respecto es que hay muchos alumnos originarios de entornos familiares difíciles, con problemas de violencia intrafamiliar y de bajos recursos económicos, que durante las clases presenciales nunca faltaban a las escuelas, principalmente a aquellas con servicio de alimentación, porque era precisamente ahí donde podían acceder por lo menos a una comida caliente y nutritiva al día.

También se puede mencionar a los estudiantes que en tiempos invernales acudían con ropa muy ligera y durante los recreos preferían permanecer en el aula de clases, cerca del calefactor, porque solo ahí dejaban de sentir frío, ya que en sus casas no se contaba en ocasiones ni con la infraestructura adecuada para evitar ventiscas, lluvia y otras inclemencias del tiempo en esas temporadas del año, pero en la escuela se lograban superar o al menos olvidar una parte del día.

Otra dificultad a tomar en consideración es, según la UNESCO (2020), la interrupción en el aprendizaje que se suscita con la pandemia, y que limita las oportunidades de madurez y desarrollo en niños y jóvenes, lo cual se traduce en un crecimiento desproporcional de las desventajas en sectores poco privilegiados de la población, donde los niños cuentan con menos opciones de

crecimiento educativo más allá de los que la escuela les aportaba. Este factor es atribuible al contexto familiar del que provienen los educandos y a que durante su estancia en la escuela esta característica solo se tomaba en cuenta para diferenciar mecanismos de atención y adecuar la práctica pedagógica a la realidad de ellos. Sin embargo, ahora este componente de la vida de los estudiantes representa, más que nunca, un lastre que no solo les dificulta la adquisición de aprendizajes sino que ahora, de hecho, les imposibilita el acceso a la educación.

La interrupción del servicio educativo e incluso la continuación de este potencia un grave riesgo para los alumnos: la pérdida de aprendizajes (*learning loss*). Esta se refiere a cualquier aprendizaje o habilidad, general o específico, e incluso al retroceso académico, que comúnmente se debe a extendidas brechas de ausencia o discontinuidad en la educación de los alumnos (Glossary of Education Reform, 2013). Generalmente este fenómeno se asociaba, en condiciones de educación presencial regular, a la disminución en el nivel académico por olvido de conocimientos o retroceso en las habilidades, que se daba debido a las vacaciones de verano en Estados Unidos de América. Actualmente este posible escenario no suena tan descabellado, puesto que, debido al confinamiento, el contacto con los alumnos se ha visto obstaculizado y el que se llega a tener se condiciona de tal forma que no represente una carga de trabajo excesiva que pueda llegar a agobiar y frustrar a los estudiantes, haciendo aún más difícil de sobrellevar una situación como la que en estos momentos aqueja al mundo.

De acuerdo con Houg y Jatturas (2020), la prolongada inasistencia a clases, los abandonos y los cierres masivos de los centros escolares producirá una mayor pérdida de aprendizajes y, a pesar de los esfuerzos encaminados a que los estudiantes concluyan los procesos educativos formales con sus respectivas certificaciones durante la pandemia de COVID-19, esto conducirá a que los alumnos en situación de marginalidad o con rezago educativo tengan menores oportunidades de continuidad académica y, por ende, limitadas oportunidades laborales. Es decir, esta contingencia dejará estragos educativos, económicos y sociales más allá de los que actualmente padece la población.

Se pudiera pensar que los problemas que los docentes adolecen en el trabajo a distancia son únicamente la punta del iceberg y que probablemente nos estaremos enfrentando a una crisis educativa de grandes dimensiones, si tenemos en consideración que debido a instrucciones de las autoridades educativas se ha vulnerado el logro del perfil de egreso de educación básica. En la conclusión del ciclo escolar 2019-2020, por cuestiones de empatía con la diversidad de situaciones difíciles que estaban viviendo los alumnos al interior de sus hogares, se giró la instrucción a nivel nacional de que nadie reprobara, sin importar la poca o nula participación en las actividades propuestas por los profesores de grupo.

Posteriormente, al final del primer trimestre del ciclo lectivo 2020-2021 y después de que maestros de diferentes puntos del país reportaran falta de respuesta por parte de los padres de familia, además de un abandono total de las actividades didácticas sin un argumento claro y válido más que el hartazgo de la permanencia en el apoyo a sus hijos con las tareas escolares, llegó en el periodo designado para la evaluación una instrucción similar a la del fin del ciclo anterior, que en resumen dictaba indicaciones para que no se reprobara a ningún alumno a pesar de que sus padres se hayan negado rotundamente a enviar evidencias del trabajo en casa.

Para dar mayor formalidad a esta orden se implementó en el Sistema de Información Educativa una nueva opción para dejar pendiente de asignar la calificación del periodo, en espera de la llegada extemporánea de las evidencias que sustentaran el desempeño de los alumnos en ese tiempo. Otra opción ante esta lamentable situación, originada por el desánimo y la apatía hacia la misión de la escuela y la labor docente, era asignar la mínima calificación aprobatoria. Este tipo de medidas impactan de forma negativa en el estado anímico de los profesores, quienes comparten su frustración al prepararse arduamente para hacer su mejor papel dentro de esta contingencia, ser ignorados o recibir malos tratos de las familias de los alumnos y por último sentirse abandonados y orillados a simular, al tener que asignar calificaciones que no corresponden con el desempeño académico de los estudiantes y que además, según su decir, sirven como premio para aquellos progenitores desobligados con la formación académica de sus hijos.

Esta situación, por demás preocupante, conduce aún más a la reflexión en cuanto a las futuras repercusiones negativas que tendrá el cierre de las escuelas y la modalidad de trabajo en casa que, aunque es una alternativa acertada ante las restricciones sanitarias, dejará un rastro difícil de borrar en materia de rezago educativo que, si bien ya era alarmante durante las clases presenciales, será mucho mayor al regresar a las aulas. Aunado a esto es importante reconocer que la preparación académica y tiempo efectivo que invierten las familias del alumnado en las actividades didácticas propuestas por los docentes son un importante factor que incide en el logro de aprendizajes durante el confinamiento (UNESCO, 2020). Este elemento, en el mejor de los casos, será auxiliar para garantizar una continua consecución de los objetivos de aprendizaje, mientras que, por otro lado, no se tienen altas expectativas al respecto.

Conclusiones

Sin duda, este momento histórico caracterizado por el confinamiento y el distanciamiento social va a dejar una huella en la memoria de todos los que de una forma u otra lo padecemos, desde niños de preescolar hasta las personas de edad avanzada. Aun cuando en otras etapas de la humanidad hubo epidemias que arrasaron con importantes cantidades de población y

los sobrevivientes tuvieron que implementar acciones para retomar una vida normal, al menos en la medida de sus posibilidades, la pandemia originada por la COVID-19 puede ser considerada como un suceso sin precedentes, tanto por su impacto como por la respuesta del mundo ante ella, para mantener las actividades importantes con la menor afectación posible, tanto en el sector económico como en el campo laboral de los docentes.

Es de reconocer la valiosa labor de los maestros, quienes a pesar de los obstáculos mantuvieron con vida la mística de la profesión e hicieron uso de su capacidad creativa y adaptativa para cumplir con la misión de educar al pueblo, haciendo gala de competencias profesionales en constante evolución y mediante una práctica reflexiva que daba la pauta para la transformación de un servicio que siempre ha pretendido caracterizarse por la calidad y la calidez. Considero un honor pertenecer al gremio que, sin descuidar las obligaciones profesionales de atención al currículo, participó activamente y por iniciativa propia en redes de cooperación para apoyar no solo en el desarrollo de conocimientos, actitudes y valores, sino también en el apoyo humanitario procurando el bienestar alimenticio del alumnado cuando no es parte de nuestra responsabilidad como trabajadores, pero sí como una muestra de la parte humana de nuestra profesión.

Vale la pena hacer un recuento de experiencias y percepciones al respecto de este tema, para comparar perspectivas en torno a un fenómeno tan complejo y del cual se pueden derivar aprendizajes útiles para cumplir con nuestros roles de una mejor forma. En mi caso, desde la función de director de dos centros escolares pude constatar el gran compromiso de mis colegas para con sus alumnos en general, pero especialmente con los menos favorecidos. Hay compañeros que educan con el ejemplo y dan muestras de empatía en sus actos, en sus palabras, en su diario acontecer, sin necesidad de un discurso o una narrativa utópica, sino al verlos tan afanosos por ayudar de una forma u otra a quienes ellos saben que no la están pasando bien. Me fue posible observar también la empatía entre profesores quienes se coordinaban para apoyar el aprendizaje de quien requería de más paciencia para hacer un uso efectivo de las TIC en su implementación didáctica. Es grato recordar que, aún en la distancia, prevalece en el profesorado una excelente actitud hacia el aprendizaje permanente, orientado hacia el continuo desarrollo de competencias.

Los meses que ha durado la pandemia han sido tiempos difíciles para todos, aunque de diferente manera. Este tipo de situaciones sirven para crecer internamente como persona, para desarrollar cualidades que antes habían permanecido en el olvido y que durante el encierro se pudieron potenciar. Una de estas es la resiliencia ante la soledad, aún en familia, ya que surge la imperiosa necesidad de ser más fuertes, ya sea para tratar de entender que las cosas han cambiado en muchos sentidos y que los encuentros programados que se perdieron ya no volverán o para ser conscientes de que esta nueva realidad nos conduce a desear volver al pasado.

Sin embargo, es más importante encontrar en nosotros mismos la entereza para aceptar lo que no se puede cambiar y de esa manera avanzar y tomar las dificultades como lecciones de vida, como fragmentos de una armadura que nos habrá de acompañar para recordarnos que lo malo también pasa y que algo bueno siempre está por venir. Habremos de entender que quienes se han ido desearían que tomáramos la vida con ambas manos y disfrutáramos de lo que tenemos: la comida en nuestra mesa, el techo sobre nuestras cabezas, las oportunidades que nos aguardan tal vez dentro de poco o tal vez dentro de mucho, pero que en vida con seguridad llegarán y, muy seguramente lo más importante de todo, los brazos amorosos de quienes nos esperan a pesar de la distancia, con el afecto, las sonrisas, la esperanza y el corazón intacto.

Referencias

- Guaman-Chávez, R. (2020). El docente en tiempo de cuarentena. *Revista Tecnológica-Educativa Docentes* 2.0, 8(2), 21-27. DOI: <https://doi.org/10.37843/rted.v8i2.154>.
- Huong, L. T., y Jatturas, T. (2020). *The COVID-19 induced learning loss – What is it and how it can be mitigated?* Recuperado de: <https://www.ukfiet.org/2020/the-covid-19-induced-learning-loss-what-is-it-and-how-it-can-be-mitigated/>.
- INEGI [Instituto Nacional de Estadística y Geografía] (2020). *Comunicado de prensa Núm. 103/20. 17 de febrero de 2020*. Recuperado de: https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2020/OtrTemEcon/ENDUTIH_2019.pdf.
- PUJC [Pontificia Universidad Javeriana–Cali] (2016). *Competencias y estándares TIC desde la dimensión pedagógica: Una perspectiva desde los niveles de apropiación de las TIC en la práctica educativa docente*. Recuperado de: https://ensechvirtual.mx/pluginfile.php/24349/mod_resource/content/1/Competencias-estandares-TIC.pdf.
- Glossary of Education Reform (2013). *Learning loss*. [Great Schools Partnership]. Recuperado de: <https://www.edglossary.org/learning-loss/>.
- UNESCO [Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura] (2020). *Adverse consequences of school closures*. Recuperado de: <https://es.unesco.org/node/320395>.

Juan Antonio Hernández González. Cuenta con 13 años de servicio en el magisterio, a lo largo de los cuales se ha desempeñado como docente frente a grupo en escuelas primarias indígenas, rurales y urbano-marginadas en diversos puntos del estado de Chihuahua. Es egresado de la Licenciatura en Educación Primaria de la Institución Benemérita y Centenaria Escuela Normal del Estado de Chihuahua Profr. Luis Urías Belderráin y cuenta con estudios como licenciado en Educación Secundaria en la especialidad de Inglés por la Escuela Normal Superior Profr. José E. Medrano R., además del Diplomado en Competencias para el Desarrollo Profesional Docente y una certificación en Habilidades Digitales para la Enseñanza. Ha realizado cursos de la oferta para la formación continua y participó como ponente en el 5° Congreso Nacional de Educación “Educar es el camino”. Desde hace ocho años se desenvuelve como director técnico y a partir del 2020 comenzó a laborar en ciudad Cuauhtémoc, Chihuahua. Correo electrónico: juanantoniohernandezgonzalez@basica.sep.gob.mx.